

Carmen Amoraga

LA LARGA NOCHE

algaida
eco

© Carmen Amoraga, 2003
© Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-859-5
Depósito legal: SE-4583-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I. El día en que Candela Galán probó el sabor de las lágrimas	13
II. El día en que Oriol Mora se convirtió en un hombre sin escrúpulos	39
III. El día en que Bruno Bonet escuchó la música	61
IV. El día más largo	83
V. La noche más larga	93
VI. La vida triste	115
VII. La vida amarga	171
VIII. La vida gris	239
IX. La noche	281
X. La larga espera	315
XI. La larga noche	345

Para José María y para Julia,
por todas sus historias, por
toda su ilusión.

Y para mi Julia, por su amis-
tad, como siempre.

Para Miguel Ángel, por los lar-
gos días, por las largas noches.

*Érem dos
i un silenci per resoldre
llarg i tendre.
I aquell neguit als llavis
d'amants nous
que ens anunciava el crit de l'alba.
Un dia següent
i un milió més.*

Xavier Aliaga

I. EL DÍA EN QUE CANDELA GALÁN PROBÓ EL SABOR DE LAS LÁGRIMAS

CANDELA GALÁN NO LE TENÍA MIEDO A LAS LÁGRIMAS, ni al dolor, ni a la soledad, tal vez porque llevaba demasiado tiempo llorando, sufriendo y sintiéndose sola, y nada de eso la había matado. Al contrario, muchas veces deseó estar muerta, pero ni el daño, ni el llanto, ni el abandono habían conseguido más que sumirla en una larga agonía, lenta, amarga, una agonía tan miserable que a ella misma la volvía mísera. No tenía nada, ni antes ni ahora, y en el fondo sospechaba que eso sería lo único que tendría para siempre: nada; nada salvo ese terrible resentimiento contra el mundo entero que preñaba su mirada de la soberbia de quien verdaderamente nada tiene que perder, y que a la postre parecía ser el único motivo de que Candela no hubiera muerto en realidad, si es que en realidad estaba viva, porque de eso solo daba fe el movimiento cadencioso de su pecho y algunas otras tareas que su cuerpo realizaba de forma mecánica: fumar, beber, seducir, bailar, fingir.

Se apoyó en el quicio de la ventana y aspiró el humo de su cigarrillo para espantar el sueño. No había dormido, y tampoco ese día tendría tiempo de hacerlo. A sus pies, las Ramblas bullían de gente a pesar de que había amanecido poco antes. Eran personas distintas a las que paseaban por esa misma calle unas horas más tarde: las vendedoras de flores apalabraban el precio del género que después vocearían entre los viandantes; algunos jóvenes probaban el paso mientras se acomodaban los grandes carteles que anunciaban elixires prodigiosos para la belleza, remedios contra la alopecia y antídotos milagrosos para todos los males; los recaderos y los mozos de reparto, a pie, en bicicleta y en carro, competían en una carrera imposible por llegar los primeros a ningún lugar. Observó durante un rato a un grupo de niños andrajosos y sucios que perseguían a unas muchachas con aspecto de criadas y apelaban a su caridad. «No tengo nada, dejadme en paz», le pareció que exclamaba con desprecio una de ellas. Entonces, se retiró del vano, rebuscó entre la ropa arrugada sobre el diván hasta que encontró el bolso adornado con falsas perlas que había lucido la noche anterior, y regresó a la ventana con unas monedas en la mano.

—¡Eh! ¡Mocosos! —gritó, para llamar la atención de los críos.

Se miraron entre ellos, indecisos. Eran pobres como las ratas y no dudaban en humillarse a

cambio de una limosna, por pequeña que fuera; pero a pesar de no ser más que unos mocosos, tal como ella les había llamado, tenían muy claro que para conservar lo poco que podían haber ganado era preciso que no se mezclasen ni con las putas ni con los borrachos, pues la experiencia les había enseñado que esa era la mejor manera de acabar perdiendo su puñado de monedas. Sin embargo, la que les llamaba desde la ventana no tenía mal aspecto, y además parecía trabajar en una buena casa, lo que ya era mucho decir en un barrio como aquel, en el que las mujeres pintarrajeadas como si fueran payasos que se hubieran extraviado de las pistas del circo Apolo, se ofrecían a los hombres desde cualquier esquina o, en el mejor de los casos, en un local lleno de chinches y de cochambre. Pero adinerada y todo, no dejaba de ser una puta, por eso dudaban si hacerle caso o marcharse de allí, aunque fuera a costa de abandonar su botín.

—¡Eh! ¡Venid aquí, acercaos! —volvió a gritar Candela, un tanto impaciente—. Tengo algo para vosotros. —Los niños titubearon un instante—. ¿Acaso el dinero de una puta vale menos que el de una criada? —rio con cierta amargura, y les hizo un ademán con la mano vacía—. No seáis tontos, venid aquí...

Normalmente, Candela no insistía por nada. No tenía por qué. Su vida se limitaba a pasearse por el salón, dejándose adular y aparentando que

escuchaba con interés los requiebros de los clientes, que parecían ignorar que subiría con ellos a la habitación aunque no pronunciasen ni una palabra, porque el único gesto imprescindible para conseguirlo era el de sacar su billetera y pagar el champán que bebían y el cuerpo que acariciaban; pero por alguna extraña razón que ni ella ni el resto de las pupilas del Madame Giselle llegaban a comprender, la mayor parte de la clientela de aquel burdel se empecinaba en creer que había que conquistarlas para luego llevarlas a la misma cama en la que ellas dormían hasta bien entrada la mañana.

Los niños se acercaron poco a poco hasta el callejón, y Candela les lanzó las monedas desde la ventana; se arrodillaron para recogerlas y salieron de la callejuela rápidamente, sin detenerse a darle las gracias siquiera a su benefactora. «A las sirvientas se lo hubieran agradecido a voces», pensó Candela con resignación, pero al fin y al cabo ella no les había entregado el dinero a cambio de su gratitud, sino para calmar su conciencia, para acallar todas las preguntas que le martilleaban los oídos con su estruendoso silencio. ¿Cuánto tiempo había pasado, dos años, veinte? ¿Era todavía joven, o era ya vieja? Les ayudaba para no oírse, solo para eso, pero aun así, se escuchaba una y mil veces. ¿Y sus hijos? ¿Qué habría sido de ellos, en caso de haberlos tenido? ¿Serían mendigos? ¿Perseguirían a las doncellas en busca

de unas monedas y rechazarían el dinero de las putas? ¿Estarían sucios y vestirían con harapos, como aquellos muchachos? Y si hubiera engendrado hijas, ¿habrían ido también a parar a un burdel, a uno cualquiera, después de que un canalla les destrozase la vida y las ilusiones?

Aquello era lo que más le dolía, que la suya fuera una desgracia de amor, pues a la ofensa de haber sido engañada se sumaba la vergüenza, todavía más insoportable, de saber que se había dejado engañar, que no había sido más que una estúpida por creer todas aquellas mentiras. Así era como seguía pensando en él, cada día, a pesar de todas las veces que se había jurado olvidar todo lo que había sido Candela Galán antes de llegar a Barcelona. Y lo peor era que la mayoría de las veces se sorprendía con la secreta esperanza, secreta incluso para ella misma, de que su memoria le devolviera una historia diferente a la que había vivido. Nunca sucedió tal cosa, y Candela no fue capaz de acostumbrarse a convivir con su pasado, como hacen quienes se acostumbran a sobrellevar una enfermedad dolorosa e incurable, o como aquellos que aceptan una condena a cadena perpetua por un crimen del que no son culpables. Entonces se revelaba contra la melancolía, enfadada y dolida al mismo tiempo, porque ella más que nadie sabía que los recuerdos ingratos tienen la habilidad de transformar la realidad hasta convertirla en insoportable. «Los recuerdos no son más

que trampas de la memoria», fue una de las primeras lecciones de *madame* Giselle.

—¿Puedes decirme qué parte de nuestros recuerdos ocurrió en realidad como lo vivimos de nuevo en nuestra mente? —le dijo—. No hace falta que me respondas, yo te lo diré: ninguna. Nada es como lo recordamos. Ahí es donde reside el engaño: la memoria quiere que creamos que el pasado siempre es mejor que el presente. Pero eso no es cierto. Eso no es cierto en absoluto, así que mucho mejor si olvidas tus recuerdos.

También recordaba aquella tarde, la primera vez que vio a *madame* Giselle, con un aplomo fingido que trataba de enmascarar su miedo y su angustia. La mujer la había observado detalladamente, con la codicia contenida de quien acaba de adquirir una piedra preciosa a precio de ganga, y valoraba su pieza en busca de defectos que subsanar.

—Tendrás que engordar, querida. Estás muy flaca y los hombres prefieren tener donde agarrarse —*madame* Giselle rio, mientras acariciaba con la mano el pecho de Candela—. ¿Has tenido algún disgusto, Candela?

La joven asintió y bajó los ojos, avergonzada. *Madame* Giselle movió complacida su cabeza.

—¡Bravo, Candela! Entonces podemos arreglarlo. Eres una mujer muy hermosa. Tienes un pelo negro precioso, y unos pechos divinos. Divi-

nos —repitió la expresión, y también la caricia iniciada unos instantes atrás sin que Candela mostrase rechazo—. Dime, ¿eres virgen? —Candela negó con la cabeza, avergonzada, pero *madame* Giselle no pareció inquietarse—. No importa demasiado. ¿Podrías parecerlo, al menos un par de veces?

—Pues... no sé. —*Madame* Giselle arqueó la ceja izquierda. Candela se vio obligada a rectificar—. Pero si me lo propongo, puede que lo consiga.

Madame Giselle se acercó a ella y la observó con detenimiento.

—Claro que sí, claro que serás capaz. Tú podrás hacer todo lo que quieras. —La tomó de la mano con cierta ternura—. Escúchame bien: elige con cuidado qué quieres en la vida, porque conseguirás que sea tuyo. Lo sé. Nunca he visto a nadie con tus ojos. Por aquí han pasado mujeres hermosas, infinitamente más bellas que tú, pero no se trata de eso. Son tus ojos. Los he visto de tu mismo color, tan grandes y almendrados. Los he visto más bonitos que los tuyos, incluso. Pero nunca los he visto con esta determinación.

Candela sonrió, alentada por el optimismo de *madame* Giselle.

—Estupendo, querida... Así me gusta, que sonrías —dijo, casi en un susurro—. Esta es la casa más afamada de Barcelona, y tú pronto serás la sensación de las Ramblas, ya lo creo, querida...

verás cuántos hombres enloquecerán por ti... Ya lo estoy viendo, Candelita, solo serán necesarios algunos retoques... Déjame pensar: me bastan unos minutos...

Madame Giselle la llevó de la mano frente a un gran espejo.

—Desnúdate —le ordenó. Candela la miró, desconcertada—. He dicho que te desnudes. ¿No me has oído?

La joven obedeció; comenzó a quitarse los vestidos malolientes que llevaba puestos desde hacía seis días, y sintió alivio al desprenderse de ellos: la camisa de muselina en otro tiempo vaporosa y que había perdido varios de los botones, la falda larga que una vez fue de un suave color malva y que ahora aparecía adornada con varios lamparones grasientos, las enaguas y las bragas sucias, las medias rotas, el abrigo raído... Todo quedó tendido en el suelo, a los pies de Candela.

—Tiraremos toda esta ropa tan sucia y tan pasada de moda. Mejor aún, la mandaré quemar —murmuró *madame* Giselle dando un puntapié al montón de despojos. Luego, observó la desnudez de Candela—. Ahora, querida, mírate bien y piensa en lo que estás viendo.

Candela no entendía adónde quería llegar aquella mujer, pero la obedeció igualmente. Con cierto pudor, dirigió su mirada hacia el pelo ensortijado, tan sucio como la ropa que *madame* Giselle había decidido destruir; echó un vistazo a

los labios carnosos, a las mejillas sin rubor, al cuerpo desnudo al fin. Estaba demasiado flaca, tal como había advertido *madame* Giselle. Las costillas sobresalían bajo la piel, donde los huesos habían ganado terreno a la carne, y las piernas parecían demasiado endebles para sostenerla. Lo único que todavía poseía, como un vestigio de la mujer admirable que había sido, eran sus pechos, redondos, turgentes y con los pezones enhiestos, en parte por el frío y en parte también por la excitación de saberse observada por *madame* Giselle, y su sexo, o para ser más exactos, el vello negro, rizado y abundante que cubría su sexo. Entornó los ojos, avergonzada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó *madame* Giselle de improviso.

—Cometí un pecado horrible. —*Madame* Giselle levantó de nuevo la ceja izquierda, en señal de incredulidad—. No me mire así, es cierto: cometí un pecado horrible —insistió Candela—. Fui amante de un hombre casado, y ahora no puedo volver.

Madame Giselle hizo un mohín contrariado.

—¡Qué vulgaridad! Con un hombre casado... Había imaginado que tu historia sería más interesante... En fin, qué se le va a hacer.

—Le he dicho que fui la querida de un hombre casado... ¿Qué más quiere oír? ¿Hay algo más escandaloso que eso, señora?

—Claro que sí, niña, hay miles de historias más escandalosas que la que tú y miles de mu-

chachas como tú protagonizáis continuamente, desde que el mundo es mundo. ¿Esperabas ser la única? Pues lamento decirte que no, Candela: Barcelona está llena de vergüenzas como la tuya —sonrió con ironía—. Porque, eso sí, Candela, todas sois tan honradas que os podéis ir a la cama con el marido de otra y luego saludáis a su mujer tranquilamente a la salida de misa, pero la decencia regresa de golpe cuando él os abandona, y es entonces cuando ya no podéis seguir viviendo en vuestras casas, en vuestros pueblos...

—Mi historia es diferente... —la interrumpió Candela—. Él me dijo que...

—Ya lo creo, querida. —*Madame* Giselle la hizo callar con un gesto de la mano—. Él te dijo que te quería, te contó que se había casado por obligación, te juró que huiríais juntos en cuanto lo tuviera todo atado y que seríais felices lejos de allí. Podría jurar que fue así, niña. Pero tienes toda la razón. Tu historia es diferente, y no por sus promesas, idénticas a las que usan todos los hombres para llevarse al huerto a pobres bobas como tú. No es diferente por eso, ni mucho menos, sino por la manera en la que puede terminar. ¿Cuánto tiempo llevas en la calle?

—La verdad es que no lo sé... No sé el tiempo que ha pasado desde que llegué. Puede que varios meses.

—¡Jesús, María y José! —La mujer se santiguó aparatadamente—. ¿Has oído hablar de los maca-

rras, de los chulos, de los proxenetas? Esos te sacan las tripas en un abrir y cerrar de ojos si les das problemas, y si no les obedeces, te pegan cada día, te toman, aunque sea a la fuerza, cuando les viene en gana, y por supuesto, se quedan con todo tu dinero... ¿Cómo has podido sobrevivir en estas condiciones?

Candela se encogió de hombros.

—Él me dio dinero, y acordamos encontrarnos en una pensión. Al principio, pensé que no había podido salir tal como había previsto y creí que se reuniría más tarde conmigo. Por eso no me marché. Le esperé durante semanas y cuando no tuve con qué pagar, me quedé en la calle. No quería moverme de allí, para que pudiera encontrarme cuando viniera a reunirse conmigo... No sabía que nadie me pudiera sacar las tripas, ni que me pudieran pegar, y no me preocupaba que me robaran un dinero que ya no tenía. No sé cómo no me mataron... Pero si quiere que le diga la verdad, hubiera preferido estar muerta cada vez que amanecía y tenía que enfrentarme un día más a una vida tan distinta a la que él me había prometido.

—Pobre criatura... —se burló *madame* Gisele—. Pero no me has contestado. ¿Cómo conseguiste sobrevivir?

—Pedí limosna, empeñé la ropa y las joyas que había traído conmigo. Cuando me quedé sin nada, la dueña de la pensión se apiadó de mí y me per-

mitió dormir en el zaguán algunas noches, pero en unos días también dejó de compadecerse de mí.

—¿También? ¿Quién más perdió la compasión, querida?

—Cuando me di cuenta de lo que realmente había ocurrido, se me acabó la lástima. Al fin y al cabo, tenía lo que merecía, ¿no le parece? lo que merecía, ni más ni menos. Así que cuando, un día, un hombre se paró frente a mí y me confundió con una prostituta, no me pareció extraño. Ya ve, todas esas preguntas, ¿por qué me ha hecho eso?, ¿qué va a ser de mí ahora?, ¿cómo voy a poder vivir sin él? Tantas preguntas sin respuesta... Y en un instante, se despejaron todas mis dudas, todas las incógnitas: llevaba tanto tiempo comportándome como una puta que eso era lo que debía seguir haciendo... Lo único que me resultó raro fue darme cuenta de lo poco que me importaba. Al principio solo lo hacía cuando alguien se acercaba, pero no tardé en imitar a las otras y empecé a provocar a los hombres. Conseguí ganar lo suficiente para comer, para regresar a la pensión donde debía reunirme con Fernando y para desempeñar uno de mis vestidos, el que usted acaba de tirar ahora.

—Pero, ¿cuánto tiempo hace de eso?

—Unos meses, ya se lo he dicho —contestó Candela, con desgana.

—¡Dios del cielo! Eres una mujer con mucha suerte... Has sobrevivido en la jungla de las Ram-

blas y no solo has salido sin un rasguño, sino que mantienes el orgullo en tu mirada. A ti se te ha aparecido la Virgen, querida.

—Eso sí es cierto, señora. Ha sucedido hace unos minutos, cuando usted ha detenido su coche frente a mí...

—Hace días que me hablaban de una mujer bellísima que merodeaba por el barrio chino, así que salí a buscarla para ver si realmente era tan extraordinaria como me habían contado. Cuando te he encontrado apenas si he podido dar crédito a lo que estaba viendo, y eso que entonces no tenía ni idea del tiempo que llevabas en esas condiciones. La calle podía haber sido tu ruina. No entiendo cómo no has terminado con la cara rajada —repetió—, porque las putas de la calle son muy envidiosas y habrían recelado de tu belleza. Ni comprendo cómo no has caído en manos de cualquier chulo, que te hubiera exprimido como un limón, hasta que no quedase ni rastro de tu hermosura y entonces... —Hizo un gesto con los dedos—. A veces pasan cosas incomprensibles en la vida, qué le vamos a hacer. —Se encogió de hombros—. En fin, querida, aquí será diferente. Al menos, los clientes son limpios y respetuosos, porque hasta los más depravados no pierden nunca la compostura. Son todo lo decentes que pueden ser los hombres que se van de putas —las dos rieron—. Esta es la mejor casa de Barcelona. La mejor. Y tú vas a brillar como una estrella.